

Piluca y el síndrome de Willy Fog



CARLA CRESPO

Piluca
y el síndrome de
Willy Fog

CARLA CRESPO

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

www.conlicencia.com - Tels.: 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Editado por Harlequin Ibérica.

Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.

Núñez de Balboa, 56

28001 Madrid

© 2020 Carla Crespo Usó

© 2020 Harlequin Ibérica, una división de HarperCollins Ibérica, S.A.

Piluca y el síndrome de Willy Fog, n.º 3 - abril 2020

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial.

Esta edición ha sido publicada con autorización de Harlequin Books S.A.

Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares, y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos de negocios (comerciales), hechos o situaciones son pura coincidencia.

® Harlequin, HQÑ y logotipo Harlequin son marcas registradas propiedad de Harlequin Enterprises Limited.

® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia.

Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

Imagen de cubierta utilizada con permiso de Shutterstock.

I.S.B.N.: 978-84-1348-591-1

Conversión a ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

[Créditos](#)

[Dedicatoria](#)

[Cita](#)

[Prólogo](#)

[Capítulo 1 #yomequedoencasa](#)

[Capítulo 2 #vísteteparalacuarentena](#)

[Capítulo 3 #resistiré](#)

[Capítulo 4 #supéralosipuedes](#)

[Capítulo 5 #cuantomástemiromásmeenamoro](#)

[Capítulo 6 #nosinmivinonisinmivecino](#)

[Capítulo 7 #seacabólacuarentena](#)

[Epílogo](#)

[Reconocimiento](#)

Dedicatoria

*Para mi amiga Piluca,
porque mereces tener tu final feliz.*

Cita

La felicidad se puede hallar hasta en los más oscuros
momentos, si somos capaces de usar bien la luz.
DUMBLEDORE

Prólogo

Una norma.

¡Una única y jodida norma!

Norma de mierda...

¿Cómo es que no había podido mantenerme firme?

«Nunca te lées con el novio o con el ex de una amiga.»

Era la única norma que me imponía a la hora de acostarme con un tío. La Ú-NI-CA. Y había tenido que saltármela precisamente con, redoble de tambores, por favor: ¡con el exprometido de mi mejor amiga! Con el tío más arrogante, estirado y pijo de toda Valencia. Pero eso no era lo peor. No. Más quisiera. Lo peor es que había sentido *algo*. Algo que nunca le conté a nadie porque, ya sabéis eso de que, si las cosas no se cuentan, es como si nunca hubieran sucedido.

Aunque, que no se lo hubiera dicho a nadie, no significaba que no pensara en aquello. ¡Al contrario! Se convirtió en una obsesión. Rememoraba cada maldito instante y culpaba a Elisa. ¿Por qué había tenido que invitar a Beltrán a su boda?

«En fin», me repetía a mí misma cada vez que recordaba la fatídica noche, «tampoco es que vaya a encontrármelo a menudo, ¡ni que fuéramos vecinos!».

Maldita Ley de Murphy.

Apenas unos meses después del suceso, falleció la dueña del piso contiguo al mío, los herederos lo pusieron a la venta y... ¿adivináis el resto de la historia? En efecto, Beltrán se mudó al piso de al lado y, de pronto, lo que siempre había sido mi primera solución ante los problemas —huir, por supuesto—, se convirtió de repente en algo total, completa y absolutamente inviable.

Capítulo 1

#yomequedoencasa

El síndrome de Willy Fog. ¡Eso es lo que yo tenía y no el puñetero coronavirus! No estaba hecha para quedarme en casa. Sentía una imperiosa necesidad de pasear por los aeropuertos, de ir cargada con una maleta a cuestas, de sobrevolar las nubes, de conocer cada día a personas distintas... ¡De viajar, coñe, de viajar! Me miré en el espejo y observé mi piel desmaquillada, libre de la habitual capa de base, polvos, colorete, sombras y mil productos más que utilizaba cuando tenía que trabajar. Me sentía desnuda. Anoche había metido todo el uniforme en la lavadora, a sesenta grados, para desinfectarlo, digo, limpiarlo, si es que las telas de mala calidad de mi ropa de trabajo resistían un programa a tanta temperatura, aunque, ¡qué importaba! Tenía que empezar a asumir que iba a pasarme una larga temporadita sin volar.

La situación no se presentaba nada halagüeña: el país estaba en estado de alarma, la compañía aérea en la que trabajaba había cancelado la práctica totalidad de sus vuelos y la sombra del ERTE planeaba sobre nosotros, ¿no era suficiente? ¡Pues no! Anoche me había llamado la médico de la empresa para informarme que una tripulante con la que había estado volando en los últimos días había dado positivo en coronavirus. ¡Vamos, no me jodas! No es que me extrañase mucho porque en el último mes había hecho varias veces la línea de vuelos que conectaba Madrid con Turín, pero aun así... las normas a seguir eran claras, había estado en contacto con la enfermedad, por tanto, tenía que guardar cuarentena total, nada de trato con otras personas. Tampoco es que eso fuera complicado, porque vivía sola desde que me había independizado de casa de mi madre hacía siglos, la única compañía que tenía era la del perro mestizo que había adoptado hacía dos años.

Aparté la vista del espejo al escuchar el sonido de sus patas arañando la puerta de la entrada. ¡Mierda! Tenía que sacarlo a pasear, pero no podía. Me planteé ponerme la mascarilla que me había facilitado la empresa cuando toda esta crisis había empezado y sacarla igualmente, pese a las recomendaciones que me había dado la doctora, pero sabía que no podía. Puede que la responsabilidad no fuera una de mis principales cualidades, sin embargo, hasta en una situación como esta, yo entendía que no podía poner en peligro a otras personas por el mero capricho de querer salir a la calle.

—¡Espera Golfo, se me ha ocurrido una idea! —exclamé agachándome y acariciándole el lomo—. Tal vez esto funcione...

Cogí su correa, se la coloqué y lo saqué a la destartalada terraza de mi piso. Joder. Hacía meses que quería ponerla al día. Llevaba ya unos años viviendo en aquel piso, pero pasaba tan poco tiempo en casa que, a pesar de lo mucho que me gustaban los espacio al aire libre, no había conseguido encontrar el momento de decorarla. Ahora tendría que conformarme, y quién sabe por cuánto tiempo, con una mísera mesita de metal blanco con dos sillas a juego, un par de macetas

con cactus y una enorme garrafa vacía, herencia de una de esas fuentes de agua que había tenido en casa en algún momento de mi vida, y que debía de llevar ya varios meses —o años— ahí fuera. ¡Genial! Tal vez sirviera como árbol o farola. Estiré con suavidad la correa roja, tratando de acercarlo al viejo y envejecido botellón, pero se negó. Me miró como si estuviera majareta, pero yo insistí, no podía sacarlo a la calle, así que tendría que conformarse con hacer sus necesidades en la terraza, ¡no había otra!

—Venga, Golfo, bonito... —farfullé entre dientes.

—Los perros necesitan salir a pasear —sentenció una voz que provenía de la terraza contigua a la mía.

¡Joder! La única persona del mundo a la que no tenía ganas de ver se encontraba a menos de tres metros de distancia. Y yo estaba... estaba ¡hecha un cuadro! Sin maquillar, con mi melena rizada hecha un desastre, en pijama y sin sujetador y, para rematar, bajé la mirada a mis pies, unas zapatillas de ir por casa de Snoopy. No era como había imaginado mi reencuentro con Beltrán. Desde que se había mudado al piso de al lado había hecho todo lo posible por evitarlo y lo había conseguido con éxito, ¡hasta ahora! Tal vez fuera el momento de empezar a hacer caso a esos expertos que aconsejaban arreglarse para estar en casa.

—Yo también lo necesito... —gruñí sin siquiera girarme hacia él—, pero es lo que hay.

Quizás si permanecía el suficiente rato ignorándole, se cansaría y se daría la vuelta.

—¿Por qué no lo bajas? —insistió.

—Porque no puedo... —repliqué en voz baja y de espaldas a él una vez más.

—Si me respondes mirando en dirección contraria hacia mí es imposible que te entienda, Pilar.

Nadie me llamaba por mi nombre de pila. Para el mundo entero, yo era Piluca, excepto para él. Durante todos aquellos años en los que Beltrán había salido con mi amiga Elisa, se había dedicado a llamarme así solo para fastidiar... Sin embargo, en mi memoria, se reproducía ahora otro instante muy diferente en el que se había referido a mí del mismo modo y no pude evitar que se me erizase la piel y un hormigueo recorriese mi cuerpo.

—Pilaaaaaar... te estoy hablando.

—¡Joder, Beltrán, ya lo sé! —le espeté sulfurada, girándome hacia él con indiferencia—. Creía que era bastante obvio que te estaba ignorando.

Sonrió con suficiencia y me miró de arriba abajo.

Levanté el dedo a modo de advertencia:

—Ni se te ocurra decir lo más mínimo sobre mí... —me detuve al fijarme en *su* aspecto: barba de dos o tres días, un chándal azul marino, zapatillas de deporte y el pelo sin fijador. ¿Dónde habían quedado los chinos, las camisas y la gomina?

Me sonrió de nuevo y se encogió de hombros.

—Teletrabajo —dijo, a modo de respuesta, a la pregunta que, aunque yo no había formulado, había quedado en el aire.

La verdad es que estaba guapo. No se le veía tan estirado y, dentro de la intranquilidad que estaba segura la situación en la que nos encontrábamos también le provocaba a él, parecía relajado.

—¿Por qué no puedes bajar a pasear a Golfo? —insistió.

—Estamos en estado de alarma.

—Pero se puede sacar a los perros.

—Yo no puedo —me lamenté—, una compañera dio positivo y tengo que quedarme en casa guardando cuarentena.

—Si quieres puedo bajar a pasarlo yo —se ofreció.

Parecía sincero. Y al pobre Golfo le vendría bien. Pero no quería tener ningún acercamiento con él. Haberme acostado con Beltrán había sido un error mayúsculo. Uno que no pensaba repetir. Si tenía que pasarme la cuarentena sin salir al balcón para no cruzarme con él, ¡pues bien!, la pasaría encerrada en casa. Aunque si no salía al balcón, ¿dónde iba a hacer pis Golfo?

—No, gracias —repliqué, tratando de mantenerme firme.

—Joder, Pilar, el pobre chucho no tiene la culpa de que no quieras saber nada de mí.

—Yo no he dicho eso.

—No hacía falta que lo hicieras.

—Es que, ¿a santo de qué se te ocurrió comprarte el piso de al lado mío? Como si no supieras de sobra dónde vivo. Viniste con Eli a uno de mis últimos cumpleaños, antes de que rompierais — recalqué, recordando la fiesta que di para celebrar que cumplía treinta, y tras la cual ellos rompieron definitivamente.

—Lo recuerdo muy bien. En especial la cara de asco con la que me recibiste al llegar.

—Yo no te...

Me callé de golpe. Lo cierto es que yo siempre había detestado a Beltrán. Odiaba ese aire de superioridad con el que trataba a Eli y yo se lo demostraba siempre que podía. Por eso no entendía cómo, después de todo lo que había pasado entre ellos, habían podido seguir siendo amigos. No entendía que lo hubiera invitado a su boda. No entendía que me lo hubiera sentado al lado en la mesa. Y lo que menos entendía de todo era qué se me había pasado por la cabeza para liarme con él aquella maldita noche.

Supongo que fue el Jägermeister.

—Anda, deja a Golfo atado a tu puerta y dime si necesitas que te traiga algo del supermercado.

Me di por vencida y asentí con la cabeza antes de meterme en casa. No tenía sentido seguir discutiendo. Crucé el pasillo, abrí la puerta de la entrada y lo dejé atado. El perro no podía pasarse vete tú a saber cuánto tiempo encerrado en casa y Beltrán podía ocuparse de bajarlo. Eso no significaba que fuese a haber un acercamiento entre nosotros. Ni aun siendo la única persona en el mundo con la que podía mantener una conversación cara a cara.

NI-DE-CO-ÑA.

Aun así, le mandé un WhatsApp con una pequeña lista de la compra. Lo cierto es que el maldito coronavirus me había pillado con la nevera vacía. En las últimas semanas de trabajo había tenido varias líneas en las que había pasado mucho tiempo durmiendo en hoteles entre vuelo y vuelo y en los pocos días libres que había tenido no había parado apenas por casa. La despensa y el frigorífico tenían un aspecto desolador... más o menos como el que tenía mi aspecto, iba a tener que empezar a arreglarme a pesar de la reclusión. No porque me importase que Beltrán me viera hecha unas fachas, noooo, para nada, pero los expertos decían que era mejor no sucumbir a la tentación de quedarse en pijama todos los días. Por salud mental. Por eso lo haría. Por ningún otro motivo.

Capítulo 2

#vísteteparalacuarentena

Me levanté tratando de no pensar en Beltrán. Me estaba arreglando para mí, para sentirme mejor, para sobrellevar mejor el encierro al que estábamos sometidos. Me puse una sencilla camiseta de algodón blanco y unos suaves pantalones en tono azul claro con estampado de flores y kimono a juego, recogí mi rizada cabellera oscura en un moño alto y me maquillé con sutileza. Me sentí mejor al instante. Mira, por una vez iba a estar de acuerdo con los expertos.

Me asomé a la ventana, el cielo lucía despejado. Cómo me gustaría desayunar fuera, en la terraza, dejando que los rayos del sol me acariciaran la piel y sintiendo la cálida brisa. Yo no estaba hecha para estar en casa, aunque no podía quejarme, claro. Otros estaban peor. Personas mayores que estaban solas en sus casas o familias con niños encerrados en pisos en los que ni siquiera tenían espacio para salir a tomar el fresco porque no tenían balcón. Miré el reloj, era temprano, seguro que Beltrán estaba durmiendo.

Me preparé un café y abrí sigilosa la puerta de la terraza. No se escuchaba nada. Asomé la cabeza para cerciorarme: bien, no había moros en la costa. La tarde anterior no me había atrevido a salir a la hora de los aplausos al personal sanitario por temor a encontrármelo.

Beltrán no solo había paseado a Golfo, me había hecho la compra y, además de lo que le había pedido en la lista, había añadido un par de revistas, una tableta de chocolate puro y una botella de Enrique Mendoza. ¡Joder! Para lo mal que nos habíamos llevado siempre, el señorito me conocía demasiado bien. Y eso me molestaba. No entendía cómo, de pronto, toda esa animadversión que habíamos sentido el uno por el otro después de tantos años, se había transformado en algo más. No importaba. Estaba en cuarentena. Durante catorce días debía permanecer aislada del mundo. Eso sería suficiente para hacerme pensar con la cabeza... además, ¡tenía un Satisfyer! No me hacía falta ningún hombre. Eso es... lo mejor sería ponerlo ya a cargar... ¡iba a necesitarlo!

Apuré el café y estaba a punto de entrar en casa cuando escuché esa voz ronca y estirada que tanto me sacaba de quicio.

—Buenos días, Pilar.

Mierda. Qué larga se me iba a hacer esta cuarentena. Si la única forma de librarme de su presencia era mantenerme enclaustrada en casa sin salir al balcón, cosa harto improbable, iba a tener que empezar a acostumbrarme a su presencia.

—Hola —gruñí.

—¿Por qué tienes que ser siempre tan agradable? —ironizó, haciendo que me sintiera mal al instante.

—Lo siento. No tienes por qué pagar mi mal humor. No me gusta estar encerrada —me disculpé. Al fin y al cabo, había sido muy amable al sacar a pasear a Golfo y hacerme la compra. Que siempre nos hubiésemos llevado como el perro y el gato y luego hubiéramos tenido una noche

de sexo desenfrenado no significaba que no pudiéramos mantener una conversación como los dos adultos hechos y derechos que éramos—. Ayer no me dijiste cuánto te debía, dime qué te costó la compra y te hago un Bizum.

—No es nada —replicó mientras se asomaba por el balcón a ojear la calle. Seguía sin afeitarse, llevaba el pelo húmedo, como recién salido de la ducha y otro chándal. Joder, era como si hubiera mutado en otra persona. El aspecto de señorito andaluz que solía lucir había desaparecido por completo. Era como si tuviese un hermano gemelo. Como esos del programa de Divinity. De pronto había pasado de ser el gemelo que trabajaba en una agencia inmobiliaria e iba siempre bien vestido a ser el gemelo que te hace la reforma. La verdad es que el cambio le sentaba bien. Demasiado bien.

«Piluca, céntrate».

Estaba tratando de decir algo coherente antes de meterme en casa cuando me sacó de mis ensoñaciones.

—Avísame cuando Golfo necesite salir, ¿vale?

Y dicho esto, desapareció en el interior de su casa. *Mecagoenlaleche*. Vamos a ver, ¿por qué me quedaba yo decepcionada de que se fuera si lo que quería era no verle? Tendría que estar contenta. No es que fuera raro en mí ser contradictoria, pero con Beltrán siempre lo había tenido todo tan claro... Iba a volverme loca. Bueno, un poco loca ya estaba, pero más de lo habitual.

—Es un buen chico.

La voz venía del piso de arriba. Levanté la cabeza para toparme con el del quinto. Un señor de avanzada edad, de pelo canoso y delgado, que vivía solo y al que le encantaba ver el fútbol. Ahora que las competiciones deportivas se habían acabado debía de estar bastante aburrido y se dedicaba a cotillear lo que hacíamos los demás. Lo cierto es que desde su ventana tenía una buena perspectiva. Nuestro edificio era de esos en los que las terrazas están escalonadas, con lo que debía tener una vista bastante buena del resto de casas.

—¡Sí, Beltrán es superguay!

Un niño de unos seis años se asomó a la terraza contigua a la del don Vicente, que era como se llamaba mi vecino de arriba. Inmediatamente, su madre salió del interior de la casa con su hija pequeña de la mano y se acercaron a él.

—Es verdad, que chico tan agradable —añadió.

¿Buen chico? ¿Superguay? ¿Agradable? ¿Desde cuándo todo su vecindario le conocía? Si se había mudado hacía cuatro días, como aquel que dice. Beltrán era de esos que se pasaban el día trabajando y los fines de semana de fiesta con los amigos, no era de confraternizar con el vecindario. Y, además, ¿en qué momento se había transformado su finca en *La que se avecina*? Estuve tentada de meterme en casa e ignorar los comentarios, pero me podía la curiosidad.

—¿Y eso? —inquirí.

—Se ha ofrecido a hacer la compra a todos aquellos que no podamos hacerla. Colgó un cartel en el ascensor en cuanto se decretó el estado de alarma. Se ha portado muy bien. Yo no puedo comprar porque estoy sola con los niños y don Vicente entraría en el grupo de riesgo. Así que le estamos muy agradecidos.

Vaya. ¿Me había llevado un chasco al ver que el bonito gesto que había tenido Beltrán conmigo lo estaba teniendo con toda la comunidad? No había hecho nada especial por mí. Había hecho lo mismo que por cualquier otro vecino. Lo cierto es que me decepcionaba y me alegraba a parte iguales. Por un lado, me sorprendía conocer esa faceta de él. Había creído que era de esos que apenas musitan un «hola» a sus vecinos cuando se los cruzan en el ascensor, que era de esos que

solo se preocupan por ellos mismos y por sus problemas y a los que las circunstancias de los demás les importan tres pimientos. ¿Y si en realidad el Beltrán que yo creía conocer no era más que una fachada? Negué con la cabeza. NO. No era posible. Había sido el novio de mi mejor amiga durante varios años. *Sabía* cómo era. Si todo esto eran trucos para hacerse un lavado de imagen y llevarme a la cama lo llevaba claro. ¡Estábamos en cuarentena!

Que hiciera lo que quisiese. Yo iba a resistir.

Capítulo 3

#resistiré

¿A qué tenía que resistir? ¿Al encierro? ¿A escuchar desde mi ventana todos los días la canción del Dúo Dinámico? Desde luego, a intentar mantenerme alejada de Beltrán no iba a ser, porque solo salía a las ocho de la tarde a aplaudir y, sin apenas dirigirme la palabra, se volvía al interior de su casa. Me ponía de una mala leche... Porque a mí, que me conocía de toda la vida, no me hablaba nada más que para sacar a pasear a Golfo y con el resto del edificio, oye, que ni que fuera el presidente, ¡los tenía a sus pies! Cuando salía al balcón lo escuchaba hablar con todos: con don Vicente, con la señora de los niños, con sus vecinos de abajo... ¡Yo ni siquiera sabía cómo se llamaban mis vecinos de abajo! Aunque igual ellos se habían acordado de mí y de mi familia en las múltiples ocasiones en las que se me había ocurrido dar fiestas en casa, ¡ups!

Eso sí que se me daba bien a mí. Dar fiestas. ¡Claro! ¿Cómo no lo había pensado? Yo no podía hacerles la compra a mis vecinos, pero podía animarlos, eso se me daba bien. Y eso haría.

Rebuscando en un armario encontré un viejo juego de karaoke portátil compuesto por un cargador y un micrófono, además de otras muchas cosas que podría utilizar más adelante. Bien, justo lo que necesitaba. Ahora solo tenía que esperar.

Todos mis vecinos salieron a las ocho, puntuales a su cita. Incluido Beltrán a quien, aunque no pude evitar mirar por el rabillo del ojo, traté de ignorar en la medida de lo posible. Esto lo hacía por los demás, no por él.

Cuando los cánticos, vítores y aplausos terminaron, encendí rápido el micrófono, quería que todos me escuchasen. Beltrán estaba ya a punto de meterse en casa, pero comprobé que se detenía y me miraba con curiosidad.

Carraspeé un poco y me preparé para hablar con mi mejor tono de azafata de vuelo:

—¡Buenas noches, vecinos y vecinas de esta, nuestra comunidad!

Escuché algunas risitas ahogadas y observé como Beltrán se acercaba al murete que separaba su terraza de la mía y me miraba con intensidad, pero no me iba a amedrentar. A mí siempre me había gustado ser el centro de atención y, aunque la mitad del edificio terminase pensando que estaba loca, habría valido la pena si a algunos conseguía distraerlos o sacarles una sonrisa. Decidí empezar de nuevo.

—¡Buenas noches, vecinos y vecinas de esta, nuestra comunidad! Les habla Piluca, su vecina del cuarto B. En mi nombre y en el de mi perrito, Golfo, les agradecemos que nos presten atención y les invitamos a disfrutar de la estancia en sus casas. Por seguridad, les recordamos que no está permitido salir a la calle, en cambio, rogamos encarecidamente que hagan uso de dispositivos electrónicos como teléfonos móviles, *tablets* u ordenadores portátiles para estar en contacto con sus familiares y poder distraerse. Recomendamos mantener apagadas aplicaciones como Twitter y limitar el tiempo que dedican a ver las noticias, ya que pueden interferir en su buen estado de

ánimo. Asimismo, aunque está permitido fumar, les recordamos que esta cuarentena puede ser un buen momento para intentar dejarlo. Cada tarde, desde esta terraza, les ofreceremos actividades de entretenimiento para todo el mundo, así que, salgan a sus ventanas, áticos o balcones y disfruten.

Me detuve y tomé aire. Había conseguido decirlo todo del tirón y ahora solo quedaba esperar la reacción de mis vecinos. Y de Beltrán.

Silencio. ¿Nadie iba a decir nada? Entonces, los niños del quinto empezaron a aplaudir, luego se les unió su madre, después don Vicente y poco a poco llegaron vítores y aplausos provenientes de mi edificio y también del de enfrente y de algunas casas de alrededor. Sonreí satisfecha y miré por el rabillo del ojo a la terraza de Beltrán. Quería ver su reacción.

Me sorprendí al ver que no me quitaba los ojos de encima y que aplaudía con ganas. Me dijo algo, pero el ruido era tan ensordecedor que no pude escucharle, aunque le leí los labios: «Bien hecho, Pilar».

Me encogí de hombros. Esto era lo que se me daba bien a mí. Montar una buena juerga.

—Y ahora, por favor, busquen un papel y un boli para preparar su cartón porque esta noche, ¡cantamos bingo! Mientras tanto, yo colocaré las bolas en el bombo. ¿Se apuntan?

Beltrán sacudió la cabeza, medio alucinado, medio satisfecho, pero, una vez más, para mi sorpresa y desilusión, sin decir nada se metió en casa. Bah, de qué me extrañaba, siempre había sido un sieso. Me concentré en prepararlo todo, y estaba a punto de cantar el primer número cuando lo vi salir de nuevo, papel y boli en mano.

—Creo que es la primera vez que juego al bingo en mi vida, Pilar —me informó.

—¿En serio? —repliqué, incrédula.

Recordaba noches de bingo memorables con mis amigas, tachando números de varios cartones a la vez, cenando bocatas de calamares y rodeadas por la tercera edad. Puede que no fuera lo más glamuroso del mundo, pero qué bien lo pasábamos.

—¿Crees que aún puedo recuperar el tiempo perdido?

Me lo preguntó en un tono tan cariñoso y sincero que mi corazón se ablandó un poquito.

—Con lo que nos queda de cuarentena, me parece que sí.

Cogí el micrófono de nuevo, sonreí y canté:

—¡Veintisiete! ¡Dos, siete! ¡Veintisiete!

El bingo fue un éxito, pero era solo el principio. Mi cabeza iba a mil por hora pensando lo que haríamos en los siguientes días: karaoke, discomóvil, Trivial... Siempre había sido un culo inquieto y estar encerrada me ponía de mal humor, pero con un proyecto en mente todo cambiaba. Así sacaría a Beltrán de mis pensamientos, mantendría mi cerebro ocupado en cosas más productivas y, de paso, me coronaría como la nueva vecina de moda en el edificio. Quién sabe, igual hasta me sacaban en las noticias.

«Supéralo si puedes, Beltrán».

Capítulo 4

#supéralosipuedes

Cada mañana, puntual y a la misma hora, como corresponde a alguien tan cuadrulado como yo sabía que era Beltrán, sacaba a pasear a Golfo. Lo interesante del asunto es que cada día aparecía con alguna noticia de periódico recortada enganchada al collar. Pero, ¿quién seguía comprando periódicos en papel en pleno siglo XXI? Beltrán, claro. Aunque él era más un hombre del siglo XIX, así que tampoco me extrañaba mucho. Además, teníamos un quiosco justo enfrente del portal de nuestra casa. Lo curioso era las noticias que me mandaba, siempre buenas: los niveles de contaminación en gran parte del mundo descendían, las aguas de los canales de Venecia lucían cristalinas, en China habían conseguido frenar la curva... Nunca hubiera pensado que Beltrán, el estirado señorito andaluz que criticaba a mi mejor amiga por ponerse ropa de Harry Potter, fuera capaz de ser tan detallista. De pararse a buscar esa noticia que pudiera sacarme una sonrisa. Por otra parte, se le veía tan relajado... Sabía que teletrabajaba por las mañanas, pero suponía que no era lo mismo que ir todos los días a la oficina. Lo cierto es que ni siquiera sabía a qué se dedicaba, con toda seguridad había estudiado ADE, Derecho o Económicas, sería directivo en una gran empresa, abogado o auditor. Un trabajo monótono y aburrido. Como yo pensaba que era él. ¿Lo era? ¿Y si realmente no era la persona que yo creía que era?

Era, era, era... Joder, ya no sabía cómo era. Necesitaba hablar con Elisa y contarle cómo me sentía, aunque eso implicase... ejem... confesarme. En los días que llevábamos de encierro solo habíamos hablado por mensaje y eso no era habitual en nosotras, pero es que, igual que había querido huir y alejarme de Beltrán, también había querido ocultárselo a Eli y eso, inevitablemente, me había alejado de ella.

Pero yo no era una cobarde. No era una gallina. Lo había aprendido de Marty McFly en *Regreso al futuro*.

Cogí el teléfono y presioné el botón de video llamada.

—¡Pilu!

—Hola, Eli. ¿Cómo estás?

El entusiasmo de amiga por escucharme era palpable y, sin embargo, yo estaba como un flan por lo que iba a contarle a continuación.

—¡Bien! Sobreviviendo a la cuarentena.

—¿Sobreviviendo? Y yo que pensaba que Roberto y tú estarías disfrutando de estos días en casa como si de una segunda luna de miel se tratara.

—Ya... bueno... —bajó el tono de voz, convirtiéndolo en un susurro—, verás, es que no estamos solos. Todo esto del coronavirus... me daba miedo que mi madre estuviera sola, ¡así que me la traje a casa!

—¡Ja!

No pude evitar soltar una carcajada. Elisa se había pasado media vida discutiendo con su madre y, aunque tras su ruptura con Beltrán se había producido un bonito acercamiento entre ambas, estaba segura de que convivir con ella durante este encierro no debía ser fácil. ¡Mucho menos para Roberto!

—Seguro que tú estás mucho mejor que yo, haciéndote un maratón de Netflix y gastándole las pilas al... —bajó la voz todavía más— al Satisfyer, ¿me equivoco?

—En realidad, me he convertido en la animadora de la finca —respondí, y me dediqué a expplayarme contándole todos y cada uno de los detalles de mis actividades evitando mencionar en todo momento a mi vecino de al lado.

—Y Beltrán, ¿cómo lleva él el encierro?

¿Por qué demonios me preguntaba por Beltrán? ¿Acaso sabía algo que yo ignoraba? ¿Le había contado él lo que había pasado entre nosotros? Empezaron a entrarme sudores fríos. Se suponía que la había llamado para contárselo, pero...

—¿Por qué habría yo de saberlo? —pregunté como si la cosa no fuera conmigo.

—¿No es tu vecino? —inquirió Eli sorprendida—. Creía que se había mudado a tu finca. Hace unos meses me contó que quería irse del piso de sus padres y buscar algo más pequeño. Yo misma le dije que vendían un piso justo al lado del tuyo. Siempre le gustó ese barrio.

—¿¿Que tú qué??

Definitivamente, mi amiga se había vuelto loca. No solo lo había invitado a su boda y lo había sentado en mi mesa, sino que ahora, gracias a ella, me tocaba tenerlo como vecino. ¡Esto era un desastre! Todo era culpa suya. Porque, a ver, yo podía olvidarme de Beltrán, de lo que había creído sentir por él si no tenía que verlo, pero ¿cómo iba a hacerlo si estábamos pared con pared? ¿Cómo iba a hacerlo si ahora lo veía todos los días?

—¿Qué ocurre? Ya sé que nunca te ha caído bien, pero solo vive en el piso de al lado, no es que tengas que acostarte con él ni nada por el estilo...

«No, si ya me lo he tirado...», pensé, recordándolo.

Yo llevaba un precioso vestido de noche de seda rojo, de tirantes finos y espalda al aire. Llevaba la palabra «provocativa» escrita en la frente. Y así me sentía. No es que quisiera hacer real el dicho ese de que «de una boda sale otra boda», no, yo simplemente quería un polvo. Uno sin complicaciones.

Había sido una ceremonia preciosa y, ahora, pensaba disfrutar del banquete, de la fiesta y de lo que surgiera. Estaba buscándome en los meseros cuando escuché detrás de mí a una de las personas que más detestaba.

—Buenas noches, Pilar.

Me giré abruptamente hacia él, no pintaba nada en esa boda.

—¿Qué haces tú aquí?

—Soy amigo de Eli.

—¿Amigo? ¡Ja!

Siempre había sido un capullo. No entendía cómo mi amiga y él habían mantenido su amistad después de la ruptura.

—Estoy en tu mesa, por cierto —profirió antes de desaparecer en el interior del salón donde se serviría la cena.

¿En serio, Eli? Se había vuelto loca, no solo lo invitaba a la boda, sino que no se le ocurría nada mejor que sentármelo al lado. Esto solo tenía una solución: darse a la bebida. Me dirigí a la mesa que me habían asignado y me senté al lado de Beltrán. Pensé en ignorarlo y ligar con

algún otro de los asistentes, pero no fue posible. En una mesa de ocho, las otras seis personas eran tres parejas que ya se conocían de hacía tiempo. ¿Qué broma de mal gusto era aquello? Para mi desgracia, nos confundieron con otra pareja.

—Al menos no me negarás que discutimos como si fuéramos un viejo matrimonio —me susurró con voz ronca al oído para que no nos escuchasen.

No sé qué me pasó, seguramente era el alcohol, pero su comentario me hizo gracia e hizo que un hormigueo me recorriera el cuerpo. Me giré hacia él. ¿Siempre había sido tan guapo? Llevaba un traje de chaqueta azul, chaleco verde oscuro con corbata a rayas a juego y camisa blanca. Había que admitir que iba elegante. Aunque él siempre lo estaba; a pesar de que a mí me encantase meterme con él por su aspecto pijo, no podía negar que era muy atractivo.

—Si tú y yo nos casásemos, no llegaríamos a viejos juntos, seríamos de esos que se divorcian al volver de la luna de miel.

Enarcó las cejas:

—¿Por qué al volver de la luna de miel?

—Sencillo. Porque en el viaje de novios estaríamos demasiado ocupados en la cama. —Me llevé las manos a la boca, escandalizada por lo que acababa de decir.

Beltrán se acercó un poco más a mí y me puso la mano sobre el muslo:

—¿Así que crees que eso se nos daría bien?

Joder, me estaban entrando calores, y más calores, al recordarlo. ¡Vaya que si se nos dio bien! Traté de apartar de mi mente todas las imágenes, pero era inútil, como si de un pase de diapositivas interminable se tratara. Todos y cada uno de los momentos que habíamos pasado juntos aquella noche se agolpaban en mi cabeza: Beltrán sacándome a bailar, agarrándome por la cintura, los dos bebiendo y riendo juntos, su mano enredada en mi pelo, sus labios acercándose peligrosamente a mi cuello...

—Pilu, ¿estás ahí?

La voz de Elisa me trajo de vuelta a la realidad.

A esa realidad en la que Beltrán y yo no nos soportábamos. Que nos hubiésemos acostado no cambiaba nada. Si en algún momento había creído sentir algo más, estaba superado. Toda esta confusión que sentía era culpa del maldito confinamiento.

¿O no?

Capítulo 5

#cuantomástemiromásmeenamoro

Pues oye... que no lo había superado. Como la maldita cuarentena no me permitía ni bajar la basura, seguía dependiendo de Beltrán para todo. ¡Joder! Yo, la experta en las relaciones de una noche, del sexo sin compromiso, ¿por qué no podía quitármelo de la cabeza?

Se pasaba las mañanas enteras teletrabajando. Se me hacía eterna la espera hasta que me enviaba un mensaje o lo escuchaba salir al balcón. Encima, el tiempo no nos había permitido salir mucho afuera, así que apenas nos habíamos visto. Mi único contacto con él habían sido los recortes que continuaba dejándome cada vez que sacaba a Golfo a pasear.

Era domingo y llevaba ya diez días de encierro, estaba aburrida como una ostra, pero parecía que ese día el tiempo nos daría una tregua. Saqué una cerveza fría de la nevera, preparé un aperitivo y salí a disfrutar del sol que, tras varios días de lluvia y de habernos fastidiado las actividades vecinales de la tarde, por fin había decidido salir. Estaba algo depre, me sentía un poco sola. No es que estuviera incomunicada del mundo, porque había hablado con mi madre todos los días, y también con Eli, quien se había quedado preocupada tras nuestra última llamada y a la que había tranquilizado diciéndole que todo era cosa del confinamiento, pero me estaba resultando difícil estar tanto tiempo sin contacto físico. Ni un abrazo, ni un beso. Uf, con lo que me gustaban a mí los achuchones. A lo mejor por eso me sentía así con respecto a Beltrán, sí, debía ser eso.

Me senté en una de las viejas sillas y casi tiro la cerveza al colocarla sobre la mesa, que se tambaleó. Vaya, estaba un poco coja. La verdad es que mi terraza era un completo desastre. Un poco como mi vida. Di un trago a la espumosa bebida y me puse en pie, de nuevo, movida por la curiosidad. Nunca me había fijado en la terraza de mi vecino. A estas horas siempre estaba trabajando. Sin disimulo alguno, me apoyé con ambas manos sobre el murete que nos separaba y asomé la cabeza. ¡Vaya! Eso era una señora terraza. Césped artificial, un bonito y cuidado toldo, unos modernos sillones blancos de diseño y, en una esquina y tapada con una funda, lo que tenía toda la pinta de ser una barbacoa redonda. Una Weber seguramente.

—Buenos días, Pilar.

Por poco me caigo al suelo de la impresión. Menuda pillada.

—¡Joder, Beltrán! Casi me muero del susto.

—La curiosidad mató al gato. ¿Qué hacías? —preguntó entre divertido y sorprendido.

—¿No estás trabajando? —repliqué tratando de esquivar su pregunta con otra pregunta. ¿No era eso lo que hacían los políticos y los famosos cuando no querían contestar?

Él se acercó un poco, aunque manteniendo esa distancia de seguridad que todos nos autoimponíamos en cuarentena y más dada mi situación.

—La bolsa no abre los domingos, Pilar.

Dios, esa manera que tenía de llamarme por mi nombre de pila estaba pasando de ser algo que detestaba a ponerme cachonda. Había algo en su tono de voz... Espera, ¿qué? ¿Beltrán trabajaba en la bolsa?

—¿Eres bróker?

—¿Qué clase de pregunta es esa? Me conoces desde hace años, ¿no sabes a qué me dedico? —inquirió extrañado.

—¿Como Leonardo di Caprio en *El lobo de Wall Street*?

—Joder, Pilar, menuda comparación. Claro que no —soltó una carcajada—, pero puedo ser tu lobo si quieres.

La madre que lo parió. Me parece que la cuarentena estaba transformando a Beltrán, ¿dónde había dejado sus aires de superioridad y su falta de sentido del humor? ¿Desde cuándo se había convertido en un tío amable y seductor? Lo observé de arriba abajo. Cuanto más lo miraba, más me gustaba. Si la barba seguía creciéndole así, pronto parecería un hípster. Había abandonado el chándal y se había puesto unos vaqueros y una camisa de cuadros.

—Me parece que aquí la única loba soy yo —proferí, atrevida—, y tú tienes más pinta de leñador. Quizás quieras cazarme.

Me miró atónito.

—¿Eso es lo que quieres? —preguntó, posando sus ojos verdes en mí y mirándome con tanta intensidad que sentí que me temblaban las piernas.

¡Mierda! Pero ¿quién me mandaba a mí decir nada? Lo que yo quería era olvidarme de él. Si es que era una boca-chancla.

—¿Y bien? —insistió.

Me quedé callada. ¿Quería o no?

—Estoy en cuarentena. —Escupí las palabras casi sin pensarlas. No sabía la respuesta o, tal vez, simplemente prefería no saberla.

—Muy bien —se encogió de hombros—. Tenemos tiempo.

No dije nada. No sabía qué decir. Beltrán dio media vuelta, se metió en el interior de su casa y yo me quedé ahí plantada, viendo cómo se alejaba.

Una voz infantil proveniente del piso de arriba de Beltrán captó mi atención.

—¿Es tu novio?

Era la hija pequeña de mi vecina del quinto, Jimena, creo que así se llamaba. Traté de ignorarla, de hacer como si no la hubiera escuchado.

—Pero ¿cómo va a ser su novio? —le preguntó su hermano en voz lo suficientemente alta como para que yo lo escuchase—. ¿No ves que no viven juntos? Además, se pasan el día discutiendo.

—¡Yo no me paso el día discutiendo!

Me tapé la boca con la mano. De verdad que era bocazas, ¿qué hacía yo peleando con unos críos? ¿Qué sabrían ellos!

—Eso es lo que dice mi madre.

—¿¿Perdona??

—Sí —dijo asintiendo con la cabeza el niño—, que no entiende por qué lo tratas así, con lo mono que es. Dice que si ella tuviera diez años menos...

—Pero, niño, ¿qué dices?

A ver, ¿estábamos volviéndonos todos locos? Vale, tenía que ser cosa del encierro, porque no era normal.

Me dispuse a meterme en casa. No iba a mantener una conversación de ese tipo con dos críos.

Era surrealista.

—Piluca, cariño. La verdad es que el chico es muy majo.

Me llevé la mano a la cara, cual Emoji. Don Vicente. El que faltaba para terminar la ecuación. ¿Es que acaso mi relación con Beltrán era la comidilla de toda la comunidad? Solo faltaba que apareciera la vieja del visillo.

—Don Vicente, no quiero resultar maleducada, pero esto no es de su incumbencia. Sé que Beltrán ha sido muy amable con usted, con todos los vecinos, e incluso conmigo, pero eso no borra que siempre se haya comportado como un capullo con todo el mundo. ¡Con casi cualquiera que se cruzaba en su camino! La gente no cambia con tanta facilidad. ¡Le puso los cuernos a su prometida! ¡Cree que puedo confiar en alguien así? Además, ¿qué se supone que pinto yo con un tipo aburrido y serio como él?

—Supongo que nada.

La calmada y pausada voz de Beltrán me hizo girarme sobre mis talones. Joder, la había cagado hasta el fondo. Cuando le miré a los ojos, vi la decepción y la rabia en ellos. Estaba tratando de mantener un semblante tranquilo, pero tenía los puños apretados, conteniendo su enfado.

—Al fin y al cabo, la gente no cambia con tanta facilidad, ¿verdad Pilar?

Ante el cariz dramático que había tomado la situación, don Vicente y los niños desaparecieron, cada uno en el interior de su casa.

Quise gritarle a Beltrán que nada de lo que había dicho era cierto. Que todo era fruto de mi agobio. De mis miedos. Pero no lo hice. ¿Para qué? Ya tenía lo que tanto había deseado, porque, estaba segura, después de aquella conversación no querría volver a saber nada de mí. Me quedé sola en la terraza y, libre de miradas de curiosos, dejé que una lágrima me cayese por la mejilla.

Quería alejarlo de mí y eso era justo lo que había conseguido.

Capítulo 6

#nosinmivinonisinmivecino

—El caso es que siempre pensé que vuestra relación era de esas de amor-odio —reflexionó Eli después de que, en un arrebato, la hubiera llamado y le hubiera contado, por fin, con todo lujo de detalles lo que había sucedido en los últimos días y... unos meses antes—, aunque también te digo, Pilu, acostarte con él en mi boda, ¡joder eso es demasiado hasta para ti!

—¿Qué hago?

—Esa no es la pregunta, guapa, la pregunta es «¿qué quieres hacer?».

—No lo sé —mentí.

—No me fastidies, Piluca. Sabes perfectamente lo que quieres. Lo has sabido toda tu vida y siempre has ido a por ello sin miedo, ¿qué ocurre ahora?

—Pues eso —admití con la boca pequeña—, que tengo miedo.

—Yo tenía una amiga que me dijo una vez que lo único que hacía que mis sueños fueran inalcanzables era el miedo. Mi miedo a ser la persona que quería ser y mi miedo a cumplir mis sueños. ¿Te suena de algo?

Eran mis palabras.

—Y tú tienes miedo de que te hagan daño. No tienes miedo a querer, pero sí a que no te quieran, por eso no has tenido una relación seria en toda tu vida, por eso todas se han basado en el sexo. Pues bien, esta vez no va a poder ser así. Estás en cuarentena, te quedan todavía algunos días, por lo que no puedes tener un acercamiento físico con Beltrán, así que, en esta ocasión, querida amiga, te toca centrarte en los sentimientos.

—¿No estás enfadada por lo de Beltrán?

—Estoy muy enfadada porque no me lo contaras, no porque te lo tiraras.

—La culpa es tuya —comenté, ya más animada, al ver que no le importaba lo que había sucedido—, ¡mira que invitarlo a tu boda! Y luego decirle que el piso de al lado de mi casa estaba en venta... ni que fueras una celestina.

El silencio al otro lado del teléfono me hizo dudar. ¿Sabía Eli algo que yo no supiera? Ya no pude llegar a preguntárselo, porque escuché la voz de Roberto de fondo, llamándola. Se despidió de mí, me deseó suerte y me quedé a solas con mis pensamientos.

Ese día no salí al balcón a las ocho de la tarde. No quería ver a Beltrán, pero tampoco quería ver a mis vecinos. Me avergonzaba mi actitud y prefería esconder la cabeza como un avestruz antes que dar la cara.

Tampoco es que él hubiera dado señales de vida. El pobre Golfo tuvo que conformarse con que le dejase salir a la terraza y hacer sus necesidades ahí. No le quedaba otra. Yo todavía tenía por delante por lo menos otros cuatro o cinco días de confinamiento hasta que pudiera sacarlo a la calle. Lo sentía por él, lo había dejado sin su paseador, pero, obviamente, Beltrán no quería saber

nada de mí.

Me preparé la cena y, en una bandeja, me la llevé a la cama. Quería meterme allí dentro y no salir. Encendí la tele y decidí que lo mejor para mi estado anímico sería ver un maratón de *Sexo en Nueva York*. ¿No decían que ver series era un buen plan para despejar la mente durante este encierro? Pues tenía seis temporadas por delante para pegarme un buen atracón. Al cabo de unas horas, empecé a compararme con las protagonistas. Yo siempre me había visto a mí misma como Samantha, pero ¿y si en realidad era Miranda? ¿Y si Beltrán era mi Steve? ¿Era posible que durante años hubiera tenido al hombre de mi vida en mis narices y no me hubiera percatado?

Cogí el móvil y le envié un WhatsApp, no estaba en línea desde hacía bastante rato.

¿Estás despierto?

Empecé a ponerme nerviosa al ver que pasaban los minutos y seguía sin conectarse. De pronto se conectó, pero mi mensaje seguía sin tener el doble *check* azul. ¿No leía el mensaje porque no quería hablar conmigo? ¿De qué me extrañaba? Me había comportado como una cretina. Apagué la tele, dejé el mando sobre la mesita de noche y puse el móvil a cargar. Estaba a punto de apagar la luz para intentar dormir cuando escuché el característico pitido.

¿Crees que te respondería si no lo estuviera, Pilar?

El «Pilar» me hizo pensar que tal vez no estuviera tan enfadado, tal vez aún pudiera reconducir la situación.

Necesito hablar contigo. ¿Sales a la terraza?

Aguardé, ansiosa, a que entrase la respuesta.

Solo si te mantienes a un metro de distancia.

Sonreí al leer su réplica, pero a la vez, sentí rabia e impotencia. Sabía que no era más que un intento de broma por su parte y que hacía alusión al hecho de que tuviera que mantenerme aislada de todos, pero en aquel momento me jodía, y mucho, no poder acercarme a él, porque lo que necesitaba, además de hablar y pedirle perdón, era sentirlo. Necesitaba un abrazo, un beso, una caricia. Necesitaba un gesto que me reconfortara, que me hiciera saber que podía arreglar lo que había roto, pero iba a tener que conformarme con las palabras. Yo, que siempre había sido más de actuar que de hablar.

Yo, que lo solucionaba todo en la cama.

Me puse una chaqueta encima del pijama y salí corriendo. Verlo y hablar con él era mejor que nada. Sobre todo, cuando por un momento había pensado que no volvería a dirigirme la palabra.

Me llegó un nuevo mensaje.

Te he dejado algo en la puerta de casa.

Retrocedí por el pasillo, giré la llave y abrí la puerta principal, intrigada. Beltrán había dejado sobre el suelo una copa de vino blanco. La cogí y aspiré su aroma, ah, olía a fruta tropical, a cítricos y tenía un toque ahumado. Estaba claro que sabía elegir un buen vino. Me la llevé a la boca. Estaba fresco y saboreé lentamente su untuoso sabor, de textura ácida y agradable, pero que a la vez tenía notas amargas y afrutadas. Puede que Beltrán fuera experto en vinos, pero yo no me quedaba atrás, ¡había ido a más catas de las que podía recordar a lo largo de mi vida!

Cerré la puerta y me dirigí de nuevo a la terraza.

Beltrán estaba allí, saboreando él también su copa.

—¿Y esto? —pregunté señalando la mía.

—Enrique Mendoza. Considéralo una ofrenda de paz —respondió—. Además, he pensado que te sería más fácil disculparte con un poquito de alcohol en sangre —añadió.

—¡¡Beltrán!!

—¿Qué? —inquirió mientras se pasaba la mano por el pelo y dejaba su copa en una mesita—. ¿No era eso lo que querías?

Dios. Sí. Quería pedirle perdón. Y a la vez matarlo por ser tan presuntuoso. Pero sobre todo quería que me besase. ¡Menuda mierda! Me bebí la copa de un trago, Beltrán tenía razón, el vino me ayudaría. Aunque una copa de *chardonnay* iba a ser insuficiente, pero bueno, era mejor que nada. Por desgracia, la botella que me había regalado el primer día que bajó a Golfo ya me la había bebido.

—Lo siento, ¿vale? Me puse nerviosa. Ver que todo el edificio hablaba de nosotros... no sé qué me dio.

Era una mierda de disculpa, la verdad. Después de todo lo que había salido por mi boca aquel día. Pero me estaba poniendo muy nerviosa. Era incapaz de expresar todo lo que pensaba. Y lo que sentía.

—No te preocupes —respondió, cabizbajo—. Ha sido culpa mía. Te he estado agobiando. Como si todo este encierro no fuera ya demasiado para ti. Debí entender que lo que pasó en la boda de Eli fue un hecho aislado y dejarte tranquila.

—¡No! —grité. ¡Joder! Si ya me sentía mal conmigo misma, ahora me sentía aún peor. Él no tenía la culpa—. No, Beltrán. No has hecho nada malo. Si no hubiera sido por ti, estos días habrían sido mucho peores y lo que pasó aquella noche... bueno... no me gustaría que fuera un hecho aislado.

Ví que una sonrisa empezaba a asomar a su boca y me estremecí. Quizás, solo quizás, no lo había estropeado todo.

—Me temo que de momento no vamos a poder repetirlo —afirmó Beltrán. ¡Puñetera cuarentena! ¡Hasta esto tenía que fastidiarme!—. Esperaremos.

—¿Esperaremos?

¿Desde cuándo esperaba yo para tener sexo con alguien? Aunque, claro, tampoco había vivido nunca una pandemia, así que todo esto era nuevo para mí.

—Valeeeee, ¡esperaremos! —me detuve, pensativa—. Hasta que acabe la cuarentena, ¿no?

—Joder, Pilar, ¿hasta cuándo creías que iba a ser? ¿Hasta el matrimonio? —exclamó entre risas—. ¿Tan conservador crees que soy?

Estaba a punto de decir que sí. Quizás el Beltrán de antes lo era, pero el Beltrán que había estado conociendo en los últimos días no, lo cierto era que no. Además, me lo había demostrado con creces esa única noche en la que los dos decidimos dejar de pelear para dedicarnos a cosas más placenteras.

Beltrán no era lo que aparentaba ser. Era más. Mucho más.

Capítulo 7

#seacabólacuarentena

La música de Georgie Dann resonaba desde el altavoz de mi iPod y, manteniendo la melodía, yo cantaba mi particular versión de *La barbacoa* mientras bailaba por la terraza, meneando el trasero y levantando los brazos al aire.

—¡La cuarentena, la cuarentena, ya se me acaba, la cuarentena! ¡La cuarentena, la cuarentena!

Al mundo todavía le faltaba mucho para poder derrotar al maldito bicho que había puesto nuestra existencia patas arriba, pero, por lo menos, yo había superado mi aislamiento sin contagiarme y, esperaba, sin contagiar a nadie. Sabía que debía seguir quedándome en casa y eso era lo que haría, aunque, por lo menos, había podido sacar a pasear a Golfo —aunque hubiera sido un paseo de apenas un minuto hasta la esquina de mi calle— y ya podía hacer mi propia compra sin depender de nadie. O, mejor dicho, sin depender de Beltrán. Y, sin embargo, ahora que podía desenvolverme por mí misma era cuando más anhelaba estar con él.

—Igual sacas la próxima canción del verano, Pilar.

Sonreí. Se había convertido en una costumbre que Beltrán apareciese cuando estaba en la terraza para poner la puntilla a lo que fuera que yo estuviese haciendo y... me encantaba. De pronto no entendía por qué durante tanto tiempo me había molestado.

Me giré para encontrarme con sus preciosos ojos verdes. Siempre los había pasado por alto. Me había preocupado tanto por cómo vestía o por cómo se peinaba que no me había fijado en su mirada limpia y cálida. Una mirada a través de la cual el podía verme tal y como yo era. Como Mark Darcy miraba a Bridget Jones. Con ese aire altivo y estirado, pero bajo el que había un hombre con un gran corazón. Yo nunca había querido un señor Darcy, al menos no como el de las novelas de Jane Austen, ¡pero nunca le diría que no a un Colin Firth!

Me acerqué hacia el muro que separaba nuestras terrazas.

—Ya no tengo que estar en aislamiento, había que celebrarlo.

—Supongo que para eso haría falta un beso, ¿no? Así es como terminan todas las comedias románticas.

Me humedecí los labios, nerviosa. ¿Cuándo había estado yo nerviosa por besar a alguien? Aunque yo necesitaba mucho más que un beso.

—Beltrán, no me fastidies, llevo quince días sola en mi casa, ¡si crees que un simple beso es suficiente para dejarme satisfecha me voy a buscar el Satisfyer!

Me tapé la boca. ¿Había dicho eso a voz en grito? Recé para que los vecinos no estuvieran escuchando. No se oía nada. Ni se veía a nadie. Uf, menos mal. Me habría muerto de vergüenza. O lo habría hecho si la hubiera tenido.

—¿Cuánto piensas hacerme esperar?

—¿Estás segura de que las recomendaciones médicas me dejan pasar a verte? No sé si está

permitido ir a casa de un vecino en estado de alarma —dijo, muy serio.

—Mira, Beltrán, no me jodas —repliqué, ansiosa—. O vienes ahora mismo y me plantas un morreo como Dios manda o...

Levantó los brazos al aire, riendo.

—¡Ya voy, ya voy! ¡Era broma!

Dicho esto, salió corriendo, pocos segundos después escuché el timbre de la puerta y, también yo, salí disparada hacia ella. La abrí de golpe y, entonces, me quedé parada. Paralizada. Esto no era ninguna broma. Si daba ese paso, Beltrán se convertiría en algo más que un ligue de una noche.

—¿Puedo pasar?

Antes de que pudiera responderle empezamos a escuchar gritos provenientes de los balcones.

—¿Por qué no salen, mami? Yo quiero que salgan.

—¡Justo ahora que iban a besarse!

—No irán a dejarnos así ahora, ¿verdad?

¡Joder! Los gritos de los vecinos se escuchaban hasta en la entrada de mi casa. Los del quinto, los de abajo y, más, muchos más. Todos pendientes de nosotros. Mátame camión. ¿Cómo nos habíamos convertido en el centro de los cotilleos del vecindario? ¡Madre mía! Si eran peor que los del *Sálvame*.

Beltrán me tomó de la mano y me arrastró hacia la terraza.

—¿Qué haces? ¡¿Te has vuelto loco?! Nos van a ver todos.

—Querías un final de película. Y eso es lo que voy a darte.

Salimos al balcón juntos y el griterío enmudeció. Los de arriba nos miraban expectantes. Los de abajo trataban de ver algo.

Entonces Beltrán me cogió por la cintura y me atrajo hacia él, acariciándome el pelo con una mano. Me miró, casi sin pestañear.

—Te quiero, Pilu.

Me derretí al escucharle llamarme por mi diminutivo, yo también le quería.

—Creo que siempre te he querido. No sé cómo hemos podido tardar tanto en darnos cuenta.

Y, dicho esto, acercó sus labios a los míos en un beso cálido y delicado, pero a la vez ardiente y lleno de deseo. Un beso que era una promesa. La promesa de todo lo que estaba por llegar.

Cerré los ojos y me perdí en el calor de su cuerpo, en la firmeza de su pecho y en la seguridad que me daba sentir cómo me estrechaba entre sus brazos, ajena a todo lo que nos rodeaba. Ajena a los aplausos. Unos aplausos que ese día se escuchaban a media mañana. Unos aplausos que nuestros vecinos nos dedicaban a Beltrán y a mí. A nuestro final feliz.

Porque los finales felices en la realidad, igual que en las películas o en los libros, siempre daban esperanza.

Esperanza de que lo mejor estaba por llegar. Y llegaría.

Epílogo

El tiempo pasaría y el mundo volvería a ser un lugar seguro, aunque no fuera igual que el que habíamos conocido. Antes o después conseguiríamos vencer. Estaba segura de ello, tanto como lo estaba del amor que Beltrán y yo sentíamos el uno por el otro. Puede que hubiésemos tardado mucho en darnos cuenta, pero si de algo había servido aquella pandemia, había sido para comprender lo que en realidad queríamos de la vida.

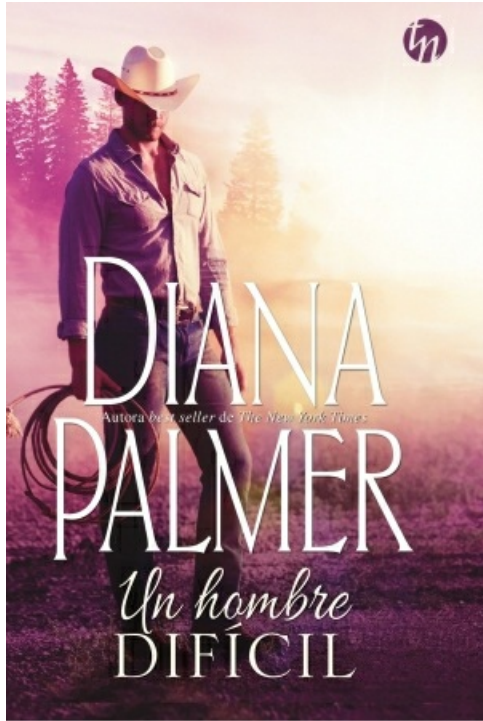
Beltrán y yo podríamos salir de casa y hacer realidad todos nuestros sueños. Pasearíamos por la playa a la luz de la luna, saldríamos a cenar y a bailar, tomaríamos cerveza mientras disfrutábamos del sol sentados en una terraza, iríamos a conciertos, visitaríamos museos, abrazaríamos a nuestras familias, reiríamos con nuestros amigos... recuperaríamos todo lo que durante un tiempo habíamos perdido y lo aprovecharíamos como nunca antes lo habíamos hecho. Viviríamos cada momento al máximo, porque ahora sabíamos que la vida era frágil, como una relación, y que había que protegerla y mimarla si no queríamos echarla a perder.

Nos cuidaríamos siempre el uno al otro, porque habíamos descubierto la única cosa que de verdad era importante en el mundo: el amor.

Reconocimiento

Normalmente los autores dedicamos esta página a los agradecimientos, no obstante, esta vez, me gustaría expresar en este espacio mi agradecimiento, mi admiración y mi respeto a todas aquellas personas que están luchando día tras día, poniendo en juego su propia vida, para salvar la nuestra.

Este relato es un humilde homenaje para cada uno de ellos.



Un hombre difícil

Palmer, Diana

9788413075334

288 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Blair Coleman era un millonario que siempre había cuidado de su negocio, el petróleo. Después de que la mujer de quien se creía enamorado lo utilizara y se librara de él, su vida personal dejó de ser una prioridad. Además, solo había una persona que lo quisiera de verdad, pero la irresistible belleza rubia tenía un problema: era la hija de su mejor amigo.

Niki Ashton había sido testigo de la desgracia amorosa y de la lucha del amigo de su padre. Blair era el hombre más fuerte y obstinado que había conocido nunca. Su gran corazón y su carácter apasionado lo habían convertido en el hombre de sus sueños; pero, cada vez que surgía la posibilidad de mantener una relación íntima, él se alejaba de ella.

Los celos de Blair solo flaquearon cuando se vio enfrentado a una posible tragedia. Ahora, era todo o nada: matrimonio, hijos, familia... Pero, ¿sería demasiado para Niki? ¿Llegaba demasiado tarde?

"Diana Palmer es una de esas autoras cuyos libros son siempre entretenidos. Sobresale en romanticismo, suspense y argumento".

The Romance Reader

"Diana Palmer es una hábil narradora de historias que capta la esencia de lo que una novela romántica debe ser".

Aff aire de Coeur

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Donna Sterling

**Sola con
un extraño**

e^{lit}



Sola con un extraño

Sterling, Donna

9788413077123

224 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Jennifer se estaba saltando todos sus principios. No podía acostarse con Trev Montgomery. Pero era tan guapo y atractivo... y había sido su marido durante un breve y maravilloso momento siete años atrás, así que trató de convencerse de que no ocurriría nada por pasar una última noche juntos.

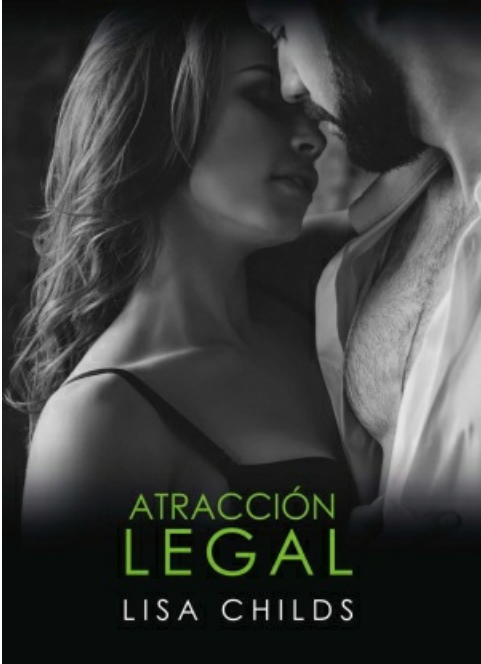
Trev la habría reconocido en cualquier lugar del mundo. Aquella mujer era Diana... ¡su mujer! Solo que decía llamarse Jennifer... y aseguraba que era una prostituta. No tenía otra opción que pagarle para comprobarlo.

¿Pero qué haría si se confirmaban sus sospechas?

[Cómpralo y empieza a leer](#)

HARLEQUIN

INTENSE



ATRACCIÓN
LEGAL

LISA CHILDS

Atracción legal

Childs, Lisa

9788413075150

224 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Ronan Hall, un abogado de divorcios increíblemente atractivo, arruinó la reputación de Muriel Sanz para conseguir un acuerdo más sustancioso para su ex. Ella, en venganza, quiso destruir su carrera. Tendrían que haberse odiado, pero no podían dejar de tocarse ni de besarse. Si no se destrozaban en los tribunales, era posible que lo hicieran en el dormitorio...

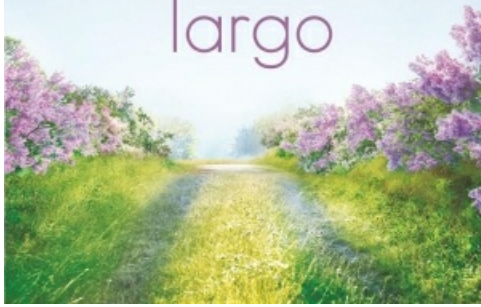
[Cómpralo y empieza a leer](#)

HQN™

Autora *best seller* de *The New York Times*

SHERRYL WOODS

el viaje
más
largo



El viaje más largo

Woods, Sherryl

9788413075235

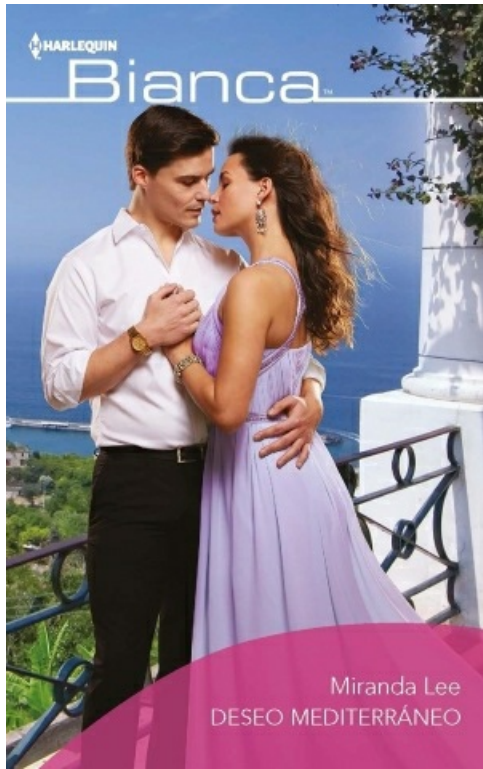
368 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Después de quedarse viuda, Kiera Malone tuvo que luchar para criar a sus hijos en un pueblo de Irlanda. Y justo cuando había vuelto a enamorarse, su prometido tuvo un ataque al corazón y murió, y ella volvió a quedarse sola. La pérdida de su amor la dejó hundida. Su hija y su padre la convencieron para que fuera a visitarlos a Estados Unidos. Y, con la promesa de tener un trabajo en O'Brien's, el pub irlandés de su yerno, decidió aceptar.

Sin embargo, resultó que atravesar el océano no fue nada comparado con instalarse al lado de Bryan Laramie, el malhumorado chef de O'Brien's. Muy pronto, sus peleas en la cocina se hicieron legendarias, y los casamenteros de Chesapeake Shores llegaron a la conclusión de que, donde había fuego, también tenía que haber pasión.

[Cómpralo y empieza a leer](#)



Miranda Lee
DESEO MEDITERRÁNEO

Deseo mediterráneo

Lee, Miranda

9788413074993

160 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Una lujosa casa en la isla de Capri iba a ser la última adquisición del playboy Leonardo Fabrizzi, hasta que descubrió que la había heredado Verónica Hanson, la única mujer capaz de resistirse a sus encantos y a la que Leonardo estaba decidido a tentar hasta que se rindiese. La sedujo hábil y lentamente. La química que había entre ambos era espectacular, pero también lo fueron las consecuencias: ¡Verónica se había quedado embarazada!

[Cómpralo y empieza a leer](#)